FOLLETINES DE "LA PATRIA ARGENTINA"

CRISTIAN

POR

RICARDO GUTIERREZ

BUENOS AIRES

Imprenta de *La Patria Argentina*, Belgrano N. 168

MDCCCLXXX.



CRISTIAN

I.

No creo en los presentimientos.

Nuestra vida es un problema cada dia. Quién puede penetrar lo que le espera al siguiente!

Y luego, ¿no somos nosotros mismos quienes engendramos casi todas nuestras desdichas? La existencia del hombre es como una celada puesta por él á la desgracia. El exámen del pasado nos aterra mil veces, porque vemos en su estudio con cuánta tenacidad insensata hemos corrido tras del dolor.

Así, un ser feliz está en proporcion tan escasa sobre la tierra, como entre los marinos

aquellos viejos lobos que han pasado bajo todas las tempestades de medio siglo y mueren en calma sobre el lecho del hogar.

Acaso el presentimiento es constante como el peligro? En qué sendas terribles no palpita el corazon lleno de esperanza! Hay otros caminos que pisamos con el pié estremecido por la idea del sacrificio, concluyendo su último tramo en plena aurora de fortuna, burlando nuestra cobardia y angustiados al solo pensamiento de haber vacilado en aquel paso primero, y espuesto al azar del miedo la mas segura felicidad.

No creo en los presentimientos. No es esto dudar de su existencia en el corazon humano. Les he sentido en el mio mil veces, pero niego su alcance en la vision del porvenir.

Y sin embargo ¿qué es sinó un presentimiento lo que me abre este libro de viaje y lleva mi mano á dejar en él por vez primera la impresion de cada dia?

Hay algo en mi propio que parece decirme que dejaré en él los rastros de un fin doloroso y prematuro.

Puede haber igual locura? Mi salud, aunque débil, está ya asegurada. Voy á pasar al campo la convalescencia de esa mala fiebre, y

me hallaré allí entre el noble cuidado de los mios. Lorenzo me llama á cada instante; me avisa que tiene en su estancia una casita preparada para recibirme, y celebra la oportunidad que me hará conocer á su esposa y á su hijo, – los dos séres que inundan de felicidad el corazon de aquel hermano querido.

No importa; no cerraré mi equipaje hasta no ponerle al minuto de la marcha, para no volver al pasado, confuso para mí como el tiempo de la infancia huérfana.

Tal fué la mia. Nuestros padres duermen el sueño eterno. No dejaron ni su sombra en mis recuerdos de niño, y no conozco de aquel santo afecto sinó lo mas cercano,—la veneracion y el cariño que llenan mi alma para Lorenzo.

El me dió por ellos su amparo y su amor de hermano primogénito. Viví por él, de su ayuda y de su bolsa. Hoy mismo, sin mas fortuna que un poco de arte y de ciencia, lo bastante para proveer á mi dia de mañana, estoy á la sombra de su tesoro, bella fortuna amasada con un trabajo de Hércules en las rudas tareas del campo, á merced de los pampas salvajes.

Sin mas que esto, mis treinta años son una auréola. Libre como un cóndor, soy dueño de

mi mismo. No cambio en la tierra ninguna suerte por la mia, ni hallé en el mundo mas completa dicha que la que me rodea cuando contemplo los misterios de la creacion sublime, cuando me engolfo en las páginas del genio humano, ó cuando sentado á mi viejo armonium abandono mi alma entera al uni verso que palpita en el celeste idioma de la música.

Creo en Dios y espero. Qué sombra es esta entonces que me anubla hoy el alma con presentimientos? Vamos, Cristian, no es mas sinó la duda con que se marcha á lo desconocido.

La última carta de Lorenzo rebosa de alegria con la seguridad de mi viaje. Veo en aquella naturaleza noble y valiente, hasta una elocuencia agena al mundo sencillo en que se ha formado y vive. Lorenzo es un hombre de campo, y me habla esta vez como un hombre de letras. No hay duda que el amor hace artista el alma y la lleva á las esferas sublimes.

Hace dos años que no nos vemos; el mismo tiempo que se ha casado en un viage à Montevideo con una huérfana educada en un colegio de Hermanas; tiene ya un hijo y habla de su vida de familia como del paraiso. Dios

guarde para este noble hermano la dicha que merece un corazon como el suyo,—el mas bello que late acaso sobre la tierra.

Voy á pasar á su lado la estacion de verano. No se cansa de alabarme su hermosa estancia en un campo inmenso sembrado de sierras y bañado en su costa por la magestad del mar.

Soy un insensato! Qué cabe aquí de triste? Estoy por romper mi libro de viage.

Hé aquí mi espíritu cambiado á la alegria.

Pobre criatura es el hombre. Espera ó teme sin conciencia del porvenir.

II.

Las emociones del abrazo á través de dos años de ausencia, han disipado en mi cuerpo las fatigas del viaje. Estoy sin sueño y como rejuvenecido. Hay en esta atmósfera una vitalidad tan poderosa, un vigor tan intenso de fuerza, que creo respirar en ella el aliento de una naturaleza vírgen.

Qué calma seductora y apacible! Y sin embargo está preñada de grandiosos murmullos lejanos. Pasan ráfagas de viento que llevan el rumor de montes tupidos y gigantes; se oye à la distancia de vez en cuando el mugido de haciendas numerosas; mil écos repercuten en la masa de las sierras enormes, y allá, sin saber de donde, pero esparcido en todo el aro del horizonte, se escucha un arrullo monótono que todo lo confunde en su acento. Es la voz del mar que bate con sus olas la playa de la costa salvage.

He llegado despues de oraciones y nada veo de este paisaje sumergido en la sombra. Apenas alcanzo á limitar sobre el fondo del cielo oscuro, la silueta de la montaña. Despues y en todo rumbo, el espacio es impenetrable bajo la noche. Sé solo que estoy en una altura, porque he trepado la pendiente, y por el nivel inferior de las luces esparcidas en las poblaciones vecinas.

Cuánta felicidad me espera con el dia, en la contemplacion de este panorama espléndido!

III.

Mi querido Lorenzo ha llorado de emocion en mis brazos. Cuánto me ama este noble hermano! Con cuánto interés se ha impuesto de todos los detalles de mi vida durante nuestra separacion! Parecia que me ha llamado en él la necesidad de verme. Su misma felicidad se encuentra secundaria ante la mia.

Creo que me ha engañado con su delicadeza. Nuestro padre nos dejó apenas libre la vida por el mas escaso bien de fortuna, y sin embargo, Lorenzo me dá hoy en la suya como parte mia, un dinero cuya renta bastará á mi existencia sencilla y humilde. Yo le he dejado á su guarda, pero pienso que en todo esto no hay mas que su generosidad. La dicha irradiaba en sus ojos cuando he aceptado, y solo despues de la mia me ha hablado de su felicidad.

—Ya verás mañana, me ha dicho abrazándome al despedirse, el ángel que me ha dado la suerte! No sé si es el amor que me fas-

cina, pero veo en ella la mas hermosa y mas buena criatura. Vivo á su lado como en el paraiso.

Despues ha agregado cariñosamente, volviéndose de la puerta: —Imbécil! càsate tú tambien!

Voy á dormir tranquilo y contento de mi viaje. He visto á Lorenzo feliz. Pasaré la estacion al lado de ellos. Y luego, mas dueño que nunca de mi existencia por la posesion de una renta bastante, viajaré el mundo, que es mi anhelo mayor.

Lorenzo, que todo lo identifica á su dicha, me ha dado un buen consejo: —«cásate tú tambien».

Pero qué hay de absoluto en la condicion del hombre? Eso que es para él la realidad suprema, no pasa de un suceso estraño para mi.

La familia es el objeto de la vida. Los goces del hogar son sin duda los mas profundos y duraderos, los únicos por los que vale la existencía. Santo y bueno: lo vemos á cada paso en la tierra. Pero el amor es la base de esta dicha.

Y qué es el amor? El sentimiento que brota del alma ante la realidad del ideal. Mientras

no se halla no puede amarse. El hombre no alcanza à crear nada de lo que está en la naturaleza; es ella quien le acerca lo que guarda para él.

Y quién no lleva en el alma el ideal soñado? Aguardemos entonces sobre el mundo la forma que le compendia. Allí está el alma y la belleza que encadenan la ilusion.

En todo rumbo del espíritu humano la predileccion gobierna, y en ninguno con mas fuerza que en el camino del sentimiento. No amamos la música sinó una música: así se ama una mujer,—porque es ella porque está ajustada al ideal. No hay mas que un solo unísono para la cuerda, ninguna otra nota la hace vibrar.

Hay confesiones que hacemos nada mas que á nosotros mismos, talvez porque no podemos engañarnos. Quién podria creer en mi pureza de ermitaño à través del mundo que he corrido? Y sin embargo, jamàs he sonreido à una mujer. Su encanto no es para mí mas fuerte que el que hay en una Vénus de màrmol. La fuerza del amor es la única capaz de acercarme; y en ninguna, por mas hermosa que haya cruzado á mis ojos, he hallado la vibracion que despierta el alma.

Esta no tiene el modo, aquella no tiene la forma, esa no tiene el espíritu del ideal celeste. Voy siempre tras él y llevando como en una urna su imágen en el corazon. Allí existe como cualquier verdad sublime, como el giro de cada astro en su órbita, sin que aspire á alcanzarla yo.

Hé aquí lo que ignora Lorenzo en su consejo: fuera de esa encarnacion de la idea, no existe en mi el amor. Y qué es sin él toda otra seduccion femenina? Un rumor que pasa sin despertarnos del sueño; lo que existe sin verse; lo que no llega á los sentidos ni al corazon.

IV.

Al despertar hoy con la primer luz del alba, me encuentro fascinado por la belleza de este sitio maravilloso.

Mi casita está á media cumbre de la sierra, con su espalda en la piedra viva de la montaña, y domina desde sus balcones una inmensa estension de horizonte.

Allá en el confin del campo, á la derecha, veo la franja movible de la mar, rizada por olas muertas que ruedan á la ribera distante. Al rumbo izquierdo de mi norte se levanta el paisaje sin límites que forman los árboles y los ranchos de las poblaciones, alzados sobre la tierra donde pululan miles de ganados. Al frente, sobre una loma enorme alfombrada de vegetacion brillante, surge como un castillo la hermosa casa de Lorenzo, que parece la entrada misteriosa que guiára al seno de la alta cerrania vecina.

El valle mediano entre esa abra de montañas, nos separa por una alameda honda de una cuadra de camino, dejando descubiertas nuestras habitaciones al nivel de las soberbias copas de los árboles.

Desde mi mesa de trabajo veo hasta el fondo de su sala, y creo que de mis balcones llegaria á los suyos mi voz.

El aire está embalsamado con los perfumes de la primavera y lleno con los murmullos de la mañana y de la vida. Qué pureza de cielo azul y transparente! Qué latido de naturaleza vírgen anima este paisaje encantador!

Oh Dios que creas para el hombre el eden de la tierra y los goces de la existencia ¿porqué

desprecias, oculto para siempre á sus ojos, la adoracion que pone el alma de rodillas ante las bellezas de tu obra estupenda y sublime!

Pero el canto del mas divino poeta no llega á tu centro de gloria con mas fuerza que el gorgeillo del ave que trina sobre la rama y echa á las ráfagas del viento la nota de su alegria y de su amor!

V.

Lorenzo ha venido á buscarme á la hora de la mesa y me ha llevado á saludar á su Rosalia.

—Cristian, me dijo, abraza á tu hermana. Es mi compañera hasta la muerte.

Ella me tendió su mano sonriendo y yo la estreché en la mia; tomé luego en mis brazos al niño y lo besé, poniendo en mi caricia toda la ternura que aquella exena fraternal levantaba como un perfume en mi corazon conmovido.

En seguida nos sentamos á la mesa, llevando nuestra conversacion al relato de todos los sucesos de nuestra ausencia.

Cuando concluimos el almuerzo, se habia establecido entre nosotros esa confianza sencilla que es la base de la amistad.

Lorenzo rebosaba de júbilo al ver crecer nuestro aprecio; y en el aplauso que tributaba al espíritu brillante de su compañera, mostraba su placer de contemplarla en una situacion en que desplegaba sus mas bellas dotes morales.

Rosalia es una muger de veintitres años en todo el esplendor de la hermosura. Su primer aspecto dejó deslumbrada mi alma como si hubiera surgido ante mis ojos una vision celeste.

Despues estudiando el conjunto de su belleza casi sobrehumana, se ha fijado en mi una idea que ayuda á concebir esta estraña criatura que parece un ser intermedio entre la muger de la tierra y el ángel de los cielos.

El alma busca al verla, para filiar su hermosura, los tipos de otras naciones; la halla en todos venciendo el ideal de la raza, y cree encontrarse al fin ante una naturaleza sublime engendrada en un mundo superior al de la tierra. Su forma y su materia tienen perfiles y carnes de una estirpe mejor. La espresion de su rostro hace como caer el alma de

rodillas, y cada actitud de su ademan y de su porte tienen la fascinacion de una caricia. Se siente en su atmósfera algo como el reflejo de una aureola; el prestigio de su hermosura conmueve y asombra para llevar la mente casi á la adoracion involuntaria cuando asoma á su frente, á sus ojos y á su sonrisa la divina vibracion del alma.

Cuánta magestad hay en su actitud y en su marcha! Cómo embriaga el acento de su voz dulcísima! La luz de su mirada alumbra positivamente su semblante, y cada detalle de sus formas puras tiene el rasgo supremo del genio creador.

Aquella especie de arcángel femenino guarda en sí el poder fascinador del astro; ante ella es satélite el que la mira, y la razon se esplica en su presencia el prestigio fatal.

Su piel no parece humana; es como un albor de rosa que encubre carnes mas perfectas que la materia del hombre. La sustancia de sus fibras es como una megilla de niño puesta á traves del sol.

Su boca espresiva y ondulada, tiene la limpieza deslumbrante con que refleja las luces, al abrirse, un estuche de pedrerías; y cuando vuelca atrás la cabeza con la alegria de su risa

infantil y suave, surge el arco de sus joyas albísimas en una bóveda esmaltada con esa tinta de fuego con que en las tardes de verano enciende el horizonte la caida del sol.

Su cabello castaño tierno, tocando à veces en las tintas del oro, completa el aire de su tipo celeste; algunas de sus ondas bajan á acariciar su frente, brillando en ella como hebras de luz. Hay en la espresion de su rostro como una nostalgia del cielo, una profunda y pensativa ternura; parece el recuerdo y el lamento de una vida mejor. La encarnacion de la Patria, surgiendo en formas de ángel en el destierro y envuelta en la bandera de gloria, daria á penas en el alma una vaga idea de la fascinacion de esta muger.

Oh Lorenzo! Cómo bendigo à Dios por la dicha que te concede en el amor de ese àngel, á tí á quien mas amo sobre la tierra!

Solo que despues de poseer tal felicidad en el mundo, la promesa del paraiso mismo debe tañer como una campana de muerte en las fibras del corazon.

VI.

Lorenzo ha estado á verme esta noche, agitado por mi ausencia en el resto del dia.

No sé que estraña ansiedad de emociones se ha poseido de mi espíritu en esas horas. He andado á caballo una enorme estension del campo; he trepado á las sierras; he estudiado su geologia; he recogido ejemplares de orquideas y de líquenes estraños; galopé luego la distancia que hay hasta el mar; subí en el bote de pesca; no sé qué tiempo he andado, y solo recuerdo que volví cuando el sol habia caido bajo la franja del horizonte. Mi tardanza de la noche consiste en que he perdido rumbo á la vuelta. Y quién sabe dónde hubiese amanecido, sinó me ocurre abandonarme al instinto de mi caballo.

En estas diez horas no he sentido sed ni hambre, y ahora me parece todo eso un sueño lejano. No recuerdo haber tenido ni un solo pensamiento que no se refiera à aquellos sitios. Cualquier idea que me apartaba de ellos, era como un torbellino en que rodaban

confusos todos los sucesos de mi viage, cruzándolos á veces como fugitivas, la imágen de Lorenzo y Rosalia.

Al oir este relato, Lorenzo me ha dicho que he hecho una locura y que mi agitacion viene de la fiebre convalesciente.

Acaso tiene razon, porque mi espíritu no está en reposo. Yo mismo vacilo y retrocedo en el análisis de esta estraña modalidad de mi alma, y siento como espanto de buscar lo que será.

He prometido á Lorenzo cuidar mejor mi salud quebrantada, pero reclamando para despues mi libertad absoluta; entonces no quiero que mis ausencias les den alarma; y él lo ha aceptado así.

En un buen momento se me ha acercado sonriendo para preguntarme—¿qué dices de mi Rosalia?

—Que es la mas linda criatura de la tierra, y que su corazon noble y su espíritu brillante, son el digno premio que tú mereces en la vida.

—Hablas así y te quedas soltero?

—Hasta hallar otra igual.

—Ya la encontrarás como yo, sin buscarla. Fué como un azar del destino. Apenas nos co-

nociamos en la reunion de una familia de Montevideo. Despues la ví en un baile, me acerqué y la ofrecí compartir mi vida. Rosalia me pidió un breve tiempo de reflexion, acaso para informarse de mi. Corrió una semana, nos vimos de nuevo y me dió su palabra. Antes de un mes estábamos unidos. Ahí tienes mi felicidad sin romance de amor. Estoy en pleno paraiso, donde he llegado como en un sueño. El de ella está en mi y en nuestro hijo. Nada mas tiene sobre el mundo.

Cristian ¿qué es la vida sin el hogar propio?

—La dicha, respondí, la ves tú mismo en la suerte. Quién puede hacerse su destino? Yo espero el mio sin buscar cuál serà.

Se fué Lorenzo, y al hallarme solo me he refugiado en mi conciencia para buscar qué rumbo estraño es este en que hoy se agita mi alma.

Gira en la atraccion de aquella felicidad suprema.

Es verdad; todo está allí. ¿Pero hay otra Rosalia en la tierra?

VII.

Oh dia puro y sereno! Cómo palpita bajo tu lumbre en esta naturaleza vírgen la vida que serpéa en lo creado!

El ambiente está saturado de perfumes; las brisas traen en su propio canto el trino alegre ó el arrullo de las aves, el gemido de la ola, los mil rumores de la existencia con que despiertan en el campo las bellas cosas de Dios.

El paisaje de la mañana abre en ella como una rosa y exhala su encanto celeste por toda la estension infinita del horizonte. El cielo, las cerranias vestidas con su reflejo de ópalo, el verde juvenil de la tierra, la masa de los árboles inmensos, el matiz de las flores, el espejo de las aguas, todo rebosa en pleno vigor de primavera. En cada respiro se bebe salud y fuerza; de cada trecho del paisage parece ondular una caricia que serena el espíritu y le mece con la esperanza y la paz.

Mi alma ha reposado de su agitacion estraña. Me encuentro como el que despierta de

un sueño confuso y largo que ha oprimido el corazon.

Siento volver la alegria á mi espíritu. Hay momentos en que me he burlado de mi propio. ¿No puede haber sido todo una exaltacion de mi alma? Rosalia misma no es acaso como la he juzgado ayer.

Hay de estos reflejos interiores que prestan auréola á todo aquello donde alcanza el rayo que parte del ideal que llevamos en el perfume de la juventud.

VIII.

He estado à verlos al medio dia. No se hallaba allí Lorenzo, y ella me recibió.

—Señor montaraz, me dijo sonriendo, estoy muy enojada, porque vd. me roba todo el cariño de mi Lorenzo; no se ocupa sino de vd. Ayer le ha buscado por todo el campo; hoy anda en las poblaciones para traerle el mejor caballo; se vá de noche á su casa; esto es un divorcio ! Pues bien, para querernos todos, es preciso que vd. esté aquí, á la mesa y á la tertulia.

En ese momento fijó en mi los ojos con su espresion celeste, levantando el semblante mientras partia entre sus lábios la hebra de su aguja. Aquella actitud casual, alzando el rostro y los brazos, tenia algo de suplicante, no sé que magestad de perdon capaz de avasallarme à sus pies.

Yo disfracé con palabras risueñas la fascinacion que me embargaba, y disculpé mi barbarie de la víspera con el pretesto de mi estravio á la vuelta.

Despues, animado en la confianza de su conversacion seductora, reclamé los privilegios de libertad que requiere el trabajo de la mente para el estudio y la meditacion.

Así hemos quedado los mas leales amigos, y despues de un momento nuestro diálogo tenia la sencillez de una confianza antigua.

Jamás conocí un espíritu mas bello que el de Rosalia; no hay cambiante de luz que no se encuentre en las manifestaciones de su alma noble y serena, penetrante y fácil en todo rumbo del pensamiento; siente como un poeta; crée y venera cuanto hay de grande en la vida; su palabra es sincera, y subyuga á veces con una estraña y tierna elocuencia.

El primer aspecto no ha sido bastante para

juzgar su hermosura. Qué ideal celeste de forma y de espresion!

Vestia un baton blanco, alto y cuadrado en el seno por un borde de mallas; un cordon azul, pendiente hasta el ruedo, se anudaba à su talle esbelto, y los brazos cubiertos hasta la mano por una manga estrecha, dejaban ver á intérvalos de una graciosa cuchilla, su piel semejante al pétalo de las rosas.

Aquella tela blanda y suave tomaba fácilmente las líneas de su forma espléndida, irradiando à veces como una alborada al contacto de su belleza.

Su cabello agrupado en ondas, rodeaba en diadema su frente llena de luz, dejando en arco sobre la espalda sus trenzas doradas. Una rosa pálida se inclinaba á su oido; sus sarcillos eran dos aromas recientes que parecian brotar de sus carnes, y llevaba al cuello un hilo de perlas pequeñitas.

Su mano es una evocacion del arte, un índice de su hermosura.

Aquella mujer es la encarnacion de la aurora.

Ni su alma ni su materia tienen igual sobre el mundo; y sin embargo, al contemplarla me pierdo en un pensamiento estraño. Siento

como el vago recuerdo de haber visto su imájen alguna vez.

Los dos se burlan de esta idea y me dan bromas de Alemania, diciendo que es allí donde habré visto á Rosalia. Y esto es por una hermosa acuarela de Mühler que cuelga á mi cabecera en la ciudad.

Rosalia, por broma, se llama à sí misma la *Estrangera.*

Pues bien, á mis ojos, aquella semejanza es una realidad.

IX.

Mi vida pasa en la tranquilidad de horas felices; me parece tambien una existencia de primavera. Mi salud se ha robustecido y mi alma no aspira á mejor dicha que á la existencia entre estos séres que amo,—Lorenzo, Rosalia y el pequeño Alberto que me sonrie al verme y me tiende sus bracitos como à un viejo amigo.

Madrugo como un pájaro, con el primer rayo del dia, y voy á pié ó á caballo á mi visita de la naturaleza. Trepo y registro las sierras;

catalógo las plantas y los minerales mas bellos; vago en las costas del mar salvage ó ando en las olas, á vela libre, sobre el bote de pesca; en cualquier puesto del camino hago mi almuerzo con un buen jarro de leche, y al caer el sol vuelvo á la compañia de mis queridos, y nos sentamos á la mesa.

Allí empieza la dulce y alegre charla hasta la noche en que nos despedimos,—ellos para el reposo y yo para dos horas de trabajo con mis papeles y libros. Lleno una página de mi diario, leo, completo mis apuntes, ó escribo alguna música, si la escucho en mi corazon.

Hay un solo placer de que estoy privado,—la compañia de mi armonium. Cuántas veces siento no haberle traido conmigo! Hay momentos en que mi alma no puede hablar sinó por su voz.

A veces voy en el medio dia á casa de Lorenzo. El vuelve tarde de sus trabajos y me pide que visite á su compañera. Qué feliz soy entónces, siguiendo aquel espíritu celeste en la noble órbita de sus sentimientos grandiosos!

Hay en aquella alma un timbre angélico. A través de todas las agitaciones é inquietu-

des del gobierno de una familia, jamás he visto en su semblante ni en su índole sinó una sonrisa de bondad infinita ó un rasgo de resignacion.

Estas distracciones, y no sé que tendencia à la inaccion del pensamiento, me alejan algunos dias de mi trabajo que antes amaba.

Me he asombrado à veces, volviendo de una abstracion en que he estado algunas horas de pié sobre las sierras ó sentado en las rocas, mirando como inconsciente, la última franja de la tierra ó la línea del mar.

Hoy hacen dos semanas, dia por dia, que no he escrito una línea aquí.

Mi corazon parece como que trabaja en un cambio de sentimientos. Muchas de mis convicciones de la vida se han mudado de una manera ràpida. He sentido así que podria amar, desde la primer mirada á otra muger como ella, toda igual á ella, y que el ideal y el objeto de la existencia, se hallarian en esa realidad.

X.

Hay en las sierras altas una inmensa variedad de orquideas, diversas hasta en su fragancia delicada. Mi escursion se vá ya limitando casi al solo trabajo de recogerlas para la coleccion de Rosalia.

El resto del tiempo se me vá en meditaciones estrañas que yo mismo me esfuerzo en dispersar. De pronto me viene su recuerdo y entónces me pongo á la pesquisa de alguna cosa bella para llevarla, alguna flor, alguna planta, alguna mariposa luciente, alguna petrificacion singular.

Hoy he hallado una violeta enorme que nos ha interesado de un modo increible.

Hay en esa familia tipos que casi se confunden al Pensamiento, que es de su raza. Se ven como en él algunos rasgos allí, que imitan la sombra de un semblante. Bajo esta impresion, las gentes llaman á una variedad pensamiento «de retrato», y la violeta aquella tenia ese disfraz.

Rosalia, en su modo gracioso, dice con una

espresion incisiva y bella esta palabra : *¡ siempre !*

Yo la imito en su manera para pronunciarla, y la hago así sonreir.

Ella, para decirla, abre grandes sus ojos llenos de luz, sonrie en sus lábios incomparables y hace silbar fuertemente y con dulzura bajo sus dientes albísimos, el aliento que anima su voz. Este conjunto dá à su rostro una animacion deslumbradora.

—Rosalia ¿ sabes qué traigo hoy ? dije al entrar,—una flor extraordinaria ; una violeta que habla. Mírala. Qué es lo que dice ?

Rosalia contempló aquella flor con un asombro visible bajo su sonrisa, y esclamó con mas animacion que otras veces : —dice *¡siempre !*

En seguida puso la violeta en el borde de su seno é inclinó el semblante mientras la prendia en él.

Yo la observaba, sorprendido de la penetracion de su espíritu, y ví encenderse el tinte de su rostro.

Era este rubor acaso traido por la inclinacion de su frente ?

No sé por qué me estremece este recuerdo. Siento al investigarlo la atraccion y el espan-

to con que nos asomamos á mirar al fondo de un abismo.

Despues hemos hablado con la alegria y la confianza de costumbre, sin ver yo la mas leve sombra en la pura serenidad de su frente.

XI.

—Hemos recibido una triste carta,—me ha dicho Lorenzo. Aquella noble religiosa que hizo para Rosalia las veces de una madre, se halla enferma de muerte, y la llama para darla su bendicion. Acaso hay en esto algu secreto de fortuna ó de familia, y es preciso ir allá. Mañana parte ese buque que está cargando en la costa y nos vamos en él.

Tú quedarás, Cristian, con mi caja y mis libros. Tengo vencimientos y recibos en la semana, que no dan espera. Nuestra ausencia no pasará de quince dias. He hablado ya á Rosalia; todo está pronto; nada hemos olvidado, ni siquiera una sorpresa que bajo secreto me ha encargado á la vuelta para tí.

En breve tiempo, Lorenzo me puso al corriente de su caja, pidiéndome, para estar cer-

ca de todo, que ocupára en la ausencia su habitacion.

Tengo el corazon inquieto y triste por este viage. Los peligros del mar no surgen mas siniestros, ni bajo el naufragio, que cuando cruzan sobre sus ondas nuestros séres mas queridos.

La luz del dia entra ya por mis cristales, y aún estoy de pié, agitado por la amargura de esta separacion.

XII.

He ido con ellos hasta la ribera. Allí, trepando luego sobre la roca mas alta, seguí el navío con mis ojos hasta perderse en el horizonte.

Qué soledad siniestra la que ha dejado su partida! Me parece que soy la única criatura viva de un mundo perdido en la inmensidad.

Rosalia marchaba en silencio con esa dulce cadencia que mece sus formas hácia un lado y otro, sin que las emociones de la partida cambiaran la imperturbable serenidad de su rostro bello.

Llevaba sin duda la esperanza de su vuelta, tan segura como el retorno de los astros.

Habló en la playa con un anciano de la comitiva y subió sonriendo al botecillo, sentándose en la banda izquierda y volviendo el semblante hácia la tierra.

—Adios, Cristian; cuida mis flores!—me dijo esforzando por la distancia su acento melodioso, y abrió su sombrilla para defenderse del sol.

Esta fué su despedida. Despues, cuando apenas se distinguian sus formas, agitó al aire su pañuelo.

Nadie mas que yo habia entónces en la ribera. Aquel adios último fué solo para mi!

XIII.

No alcanzo á dominar la tristeza de esta vida sola. Nada basta en ella á distraer mi espíritu ni á llenar mi corazon. Por todas partes oigo mis propios latidos; cualquier rumor me parece un lamento; mi camino no se aparta de la línea que hay de la casa á la ribera, y mis dias se pasan sentado sobre la

roca alta y mirando sin descanso al mar. Una nube que asoma, un seno de onda lejana, una franja de espuma, me inundan de esperanza y de angustia despues. Las flores de Rosalia son todo mi mundo. Hablo delante de ellas como para no perder la facultad de la voz. Mis libros juntan polvo por vez primera; mis notas yacen en olvido, y no sabria qué hacer de mis noches, si no escribiese sobre la pauta, volcando en ella esta Lamentacion inconsolable que solloza en mi alma su melodia.

Hé aquí todo lo bello en la tiniebla: el paisage del dia, el cielo de la noche, la naturaleza misma en la plenitud de la vida. Tengo en mi el espanto de la soledad.

XIV.

He llegado mil veces á su puerta, trémulo con la esperanza de respirar en este paraiso: —el sitio en que ella habitaba. Allí brillarà como una estela el rastro de su existencia: sus ropas fragantes con el perfume de su propia naturaleza; los luceros de todo el firmamento!

He llegado, y he quedado inmóvil ante el espectro de Lorenzo.

Todo, hasta la última rama de los árboles, me parecia un índice levantado al cielo para apuntarme á Dios!

XV.

Las pasiones nacidas á la sombra, tienen horror de la luz, como los organismos que viven en la tiniebla.

Estoy solo como un muerto en su tumba. No hay mirada que aquí me alcance, fuera de la tuya, Dios mio; y sin embargo mi alma tiembla al bajar al secreto de mi conciencia.

Oh Rosalia! El se hundirá conmigo en las entrañas de la tierra. Ni siquiera tú misma leerás en mis ojos este amor celeste y maldito como el Lucifer caido, con que has inundado mi corazon!

Acaso podré ya mas engañar á mi alma? Me miro en mi soledad intensa, me pierdo en la embriaguez de la ternura infinita, siento que su recuerdo se difunde por toda mi exis-

tencia como una alborada, y encuentro que daria mi vida sonriendo, por besar el ruedo de su vestido blanco!

Esto es amor. No es solo la fascinacion de la suprema belleza, la insaciable sed de la dicha, el deliquio de la pasion palpitante. Es la adoracion de su alma; la ternura que rebosa hasta el llanto; la morada en el ideal eterno bajo la sonrisa; el cambio de la esperanza, del pesar y la alegria; la fusion en la auréola del hogar; la marcha en la órbita celeste de la familia; la valla puesta por la propia esperanza interna á las ambiciones de la tierra; el límite del mundo y del cielo; la union de las almas por la ilusion y el deleite; no es la seduccion que arrebata hácia la amante; es el abrazo que se estrecha á la esposa!

Nuestra vida lleva el ideal escondido bajo el ala de la esperanza. Se vé y se ama cuando la muger hallada se ajusta al tipo de aquella ilusion.

Rosalia es la realidad de mi ensueño. Qué otra cosa sinó una sombra suya es mi acuarela de Mühler? Por qué la compré al verla con mi único billete de aquel dia? Por la misma fuerza que ha puesto mi alma de rodi-

llas ante la esposa de Lorenzo, que es la encarnacion de mi ideal.

Vuelvo mis ojos sobre estas líneas, y mi corazon se estremece como rodando á un abismo. Su esperanza es una maldicion que hundiré por siempre en su seno. La misma posesion de su alma, seria una sombra de este paraiso imposible: —mia para mí!

XVI.

Hoy al medio dia, volviendo de las sierras, sentí inundarse mi alma como con un acorde de armonia celeste: ví desde lejos abierta la ventana que baña el sol con sus rayos. Estaban de vuelta ya!

Lorenzo me abrazó como un padre, y ella me estrechó la mano, dándome á besar á Alberto que sonreia en sus brazos.

Hemos conversado como á través de un año de ausencia, sin perdonar detalle de nuestra separacion de dos semanas.

Su viage ha sido feliz y en calma, pero Rosalia trae en su rostro una sombra de dolor y de tristeza. La noble protectora no alcanzó á darla su bendicion.

En la mesa, dí cuenta á Lorenzo de las operaciones de caja que me entregó á su partida, y puse en su mano la llave del tesoro, aumentado por los pagos corridos, en una buena suma que conté pensando tristemente que no está en el oro la felicidad de la pobre criatura humana.

—Ahora, dijo Lorenzo, pasemos á la sala baja. Allí está la sorpresa que ha traido para tí Rosalia, mientras la mandamos á tu habitacion.

La sorpresa era un bello armonium de Tubi, gran modelo, con diez registros.

Esto es, dije, el complemento de mi felicidad aquí.

—Ensáyale, agregó Lorenzo, poniendo una silla delante. Rosalia dice que es preciso. Le ha oido probar en el depósito por un buen organista y ha quedado encantada de su voz.

Yo verifiqué los registros y recorrí el teclado con una fuga. Aquel instrumento era del mas puro timbre y de una fuerza robusta y grandiosa.

—La música, dijo Rosalia, es el mas noble idioma del alma, el único capaz de traducir lo que hay en ella de sublime y divino. Toca algo, Cristian, en que se sienta la plegaria,

para acompañar mi espíritu en la oracion que levanta á esa madre que he perdido!

Qué hermosas son estas palabras suyas! Estàn una á una como ella las dijo. Las leo cien veces y me parece escuchar el dulce acento que las animaba en su voz.

¿ Qué música puede haber comparable á aquella especie de canto?

Al escuchar á Rosalia, sentí surgir en mi corazon el estremecimiento que inspira. Era ella tambien un alma de artista, y yo me recogí, al sentirla, en toda mi fuerza.

XVII.

La sala estaba en crepúsculo con la luz de la pieza vecina. Lorenzo se puso á pasear en el fondo fumando su cigarro y Rosalia se sentó frente á mi en el pequeño confidente.

Entonces, dominando ya los recursos de aquel bello instrumento, evoqué en mi memoria la Lamentacion que habia escrito en mis noches solas, poseido yo mismo de una emocion profunda, y entré á espresarla en las cin-

cuenta voces del órgano con la misma pasion con que habia surgido de mi sentimiento.

El mundo entero se borró para mi de la existencia aquel instante; me ví como en una nube, me sentí envuelto en un raudal de armonia; mi alma parecia aislarse de mi carne por un esfuerzo supremo; oia las veces del canto como en la inmensidad desierta; cada nota surgia de mi propia esencia, y llevaba como una súplica hasta el alma de ella, todos los ensueños del ideal, todos los gritos de la esperanza que rueda al abismo con sus alas rotas; el sollozo del pesar sin consuelo; la mirada de la desolacion que se resigna á la muerte; la blasfemia mandada á Dios con el puño alzado en la agonia; el crujido del terremoto que derrumba el paraiso; la mirada del nàufrago à la vela del horizonte; todo cuanto hiende el alma con el dolor sin remedio,—y bajo este gemido de todas las amarguras, la sonrisa feroz y tierna de la resignacion que marcha al sacrificio.

Bajé mis manos arrancando al órgano su último acorde y busqué en torno con mis ojos como el que despierta de un sueño. Lorenzo estaba inmóvil en un ángulo de la sala con su frente inclinada sobre el pecho.

Rosalia ocultaba su rostro en las manos.

—*Oh mi madre!* — esclamó sollozando ; — qué inmenso dolor !

Y cruzó rápidamente la sala, con el pañuelo en sus ojos, arrojándose en el divan de la pieza vecina.

Yo salí en silencio, y aún no recuerdo por qué camino he llegado hasta aquí.

Mi alma ha tocado al límtie de la conmocion posible.

No sé qué la reserva para mañana la voluntad de Dios.

XVIII.

Mi noche ha sido un martirio. La he pasado en sueños dolorosos que no eran sin embargo tan funestos como la realidad que nubla mi porvenir.

Al despertar he vuelto al pleno dominio de mi alma y me he reprendido severamente mi conducta de ayer.

Este secreto no puede salir del corazon mio. Por qué entonces he dejado un rastro que puede guiar á Rosalia á leer esta maldicion?

Hallar su desprecio ó turbar su paz celeste!

¿Puede caber en mi este rol insensato? Y luego ¿de dónde sacaria yo fuerzas para soportar el primer reproche de Lorenzo?

Soy una miserable criatura! Una sola mirada que no sea para ella la de un hermano es tan negro delito como si alzase un arma sobre Lorenzo.

Ante los ojos del Creador supremo, Cain tendria mas fácil perdon.

Lucharé conmigo hasta donde alcance mi fuerza; si me falta, «yo sabré que hacer».

No puedo engañarme á mi mismo. Este amor solo tiene fin con mi vida; pero al menos no será la ponzoña que envenene la existencia que mas amé sobre la tierra.

Si yo partiese! . . . .

Para qué mentirme un imposible? No tendré esa fuerza jamás!

No. Basta mi eterno silencio. Viviré en su aprecio y al fulgor de su luz divina, y solo mi alma y Dios que me mira alcanzarán al naufragio de mi corazon.

Ah! si hubiera escuchado la voz de aquel presentimiento!

No importa! Pudiendo escoger mi suerte habria vuelto á la senda en que estoy.

A su lado es un paraiso el infierno.

XIX.

La tertulia ha sido hoy solemne.

—Cristian, tú no eres leal con nosotros,— me dijo Lorenzo, y guardó un instante de silencio.

Yo me estremecí y bajé los ojos. Despues él agregó:—no eres leal, Cristian; sufres y guardas tu pesar para tí solo. Mira, á veces un buen consejo salva á un hombre de la desolacion. Tu vida no es una cosa llevadera; tienes la existencia de un fantasma; hasta las buenas gentes del servicio se duelen de tí. Pues bien, á tu edad todo eso no surge sinó de un sentimiento único. No quiero penetrarlo si es tu secreto, pero si hay en mis fuerzas algo que pueda ayudar á tu dicha, ya sabes que eres el hombre que mas amo en la vida.

—Esta es una cuestion de música,—respondí sonriendo y ya tranquilo de mi terror. Tú no sabes que en el arte el triunfo está precisamente donde se supone la derrota:—en el reflejo de la verdad. Se crea, nada mas: uno mismo puede gemir sin haber sentido el dolor.

Me has oido tocar anoche y crées mi alma en un infierno. Pues sabe que nunca fuí mas feliz.

Qué hay de estraño en mi vida? Mi propio carácter, que es así. Habito en mí mismo con mas frecuencia que en el mundo, pero mi corazon rebosa con las sublimidades que él encierra. Vivo con la lectura y la meditacion de lo creado.

—Y puede eso bastar á la existencia? Ya ves que no eres leal.

—No niego, dije, que hay un objeto y una esperanza final en la vida, sin la cual seria despreciable ó inútil:—la familia, Lorenzo, en la paz del hogar. Pero esta es una suerte al azar del destino. No tiene el hombre mas fuerzas para hacer una dicha que para hacer una planta; las encuentra ó no; nada mas.

—Y puede á tu edad negar su existencia?

—Cuando está en lo imposible.

—No concibo ese imposible sinó por la muerte de lo que se ama, ó por la insensatez de mirarle en lo que no se puede alcanzar. En los dos casos nos salva el tiempo; por la resignacion y el olvido en el primero,—estos grandes remedios que Dios manda,—por el escarmiento en el segundo, mostrando que no

hay amor feliz sinó el del hogar propio. Llevo mas años que tú sobre el mundo y sé que el fin de todos esos romances es maldecir el tiempo perdido para la vida en dicha y en paz. La juventud, Cristian, es la primavera propicia para la siembra de la felicidad única. El hombre se ata finalmente à la familia, y arriesga como se vé á cada paso, si no escoje con criterio y á tiempo, casarse con su planchadora ó concluir tristemente en la soledad.

—Muy noble es tu prédica, Lorenzo, pero el amor no es susceptible de tan estrecha lógica. Amamos al impulso de una fuerza agena à nuestro albedrio. En este rumbo del alma solo existe una mujer. Si el hombre pudiera volver al pasado ¿cuántas veces en el umbral del suicidio no escogeria la misma ruta que le ha llevado allí? Y todo esto porque hay felicidades cuya sola esperanza buscaria á través del infierno; no una vez sinó mil y hasta la eternidad. Una senda le está vedada: —la que no es compatible con el honor.

Con este tema caminamos à sentarnos bajo la galeria. Despues, un peon vino á buscar à Lorenzo, y yo quedé solo allí.

XX.

El cielo límpido y sereno, deslumbraba con el fulgor de los astros. El ambiente estaba saturado de perfumes, y en todo el campo chispeaba el fuego de las luciérnagas silenciosas. Mis ojos, levantados al firmamento, contemplaban distraidos el brillante Sirius que colgaba del zenit.

—Cristian ¿buscas tu estrella?—esclamó Rosalia, tomando asiento cerca de mi.

—Podria decir que miro la tuya,—el astro mas hermoso de los cielos, de donde acaso has bajado al mundo,—porque yo sostengo que no eres una criatura de la tierra.

—Pues bien, respondió ella sonriendo, mientras brillaba en sus ojos el reflejo de aquel lucero;—invoco ese título para una pregunta mas fácil que las de Lorenzo. Qué música es esa que has tocado anoche en el órgano?

—Una Lamentacion, Rosalia.

—No es difícil comprenderlo, pero no me he esplicado; quiero preguntarte de quién es.

—Es de Cristian. La he escrito en mis noches solas, cuando tú no estabas aqui.

Rosalia me miró entonces con una espresion estraña y fascinadora. Habia en ella la sorpresa, el aplauso y la conmocion que deja el sollozo interno.

Guardó silencio un instante y dijo luego:— es una música sublime. Veo que Lorenzo no se engaña; tú no eres feliz, Cristian. No es posible un sentimiento semejante sinó cuando hay en la vida algun pesar que la cubre de tinieblas.

—El dolor, respondí, es en el arte el alma de lo bello. Qué hay en todo lo que levanta el espíritu, en la estrofa, en la nota, en el lienzo ó en el mármol? Hay el temblor del ala que se rompe al volar al cielo. Nada es sublime sinó por la nostalgia del paraiso. La perla es un sufrimiento del nàcar. Qué es lo que nos seduce en el arte? Lo que conmueve. La inspiracion es un ángel que mira al cielo con un grillete al pié. La cadena canta. No hay en esa música otro dolor que el de todo lo que aspira á este punto eterno de la esperanza:— lo imposible, Rosalia.

Sin embargo, dijo ella dulcemente,—la música es un idioma mas lato que la palabra; espresa y define mejor. La criatura humana no llora á rumbo ciego como la brisa que pasa;

tiene un punto fijo donde mira á través de sus lágrimas. Si fuéramos mas amigos, tú me dirias el testo de esa Lamentacion.

—Aquí está,—esclamé,—pero es un secreto bajo promesa que nadie sino tú lo sabrá.

Saqué del seno la música fraseada con la letra, y la puse sobre la silla que habia entre los dos.

Rosalia quedó inmóvil fijando largo tiempo sus ojos sobre el pliego. Habia en ellos algo de esa mirada que se dirije al abismo.

De pronto puso en él su pañuelo, le tomó así cubierto, se dirijió à la sala pausadamente, y volviéndose en el umbral, me dijo con su dulce voz y su sonrisa de siempre:—buenas noches, Cristian!

XXI.

Qué es lo que he hecho? Es en vano arrepentirme. A estas horas ha leido ya en mi corazon! Y luego, ¿no palpita tambien ese mismo sentimiento en el suyo? No se engaña un alma que tiene como la mia su vuelo pronto á la eternidad.

Todo se borra de mi conciencia, fuera de su imágen celeste. La miro allí bajo una aureola que no mancharé jamás. El misterio y la pureza de este sentimiento divino, la guardan en su propio hogar.

El, (¡ cómo escribo su nombre !) no sufrirá por mí.

Oh Rosalia ! Cómo hacen temblar mi corazon mismo estas estrofas que arrullaran el tuyo con su lamento y que han brotado de mi alma en el dolor supremo de ese instante !

Quiero escribirlas aquí de nuevo. Me parece que pasan por su làbio, y que cantan en la tierna melodía de su acento, el secreto de mi corazon !

GRITO DEL ALMA

★

Oye el sollozo desgarrado y triste
de los vientos que pasan, . . .
de los vientos que pasan
como las ilusiones de la tierra
que no vuelven sus alas !
Ay ! que ya nunca mas vuelven sus alas !

★

Escucha los lamentos de las olas
que gimen en la playa, . . .
que gimen en la playa,

como el recuerdo de la dicha muerta
　　que llora la esperanza !
Ay ! que llora por siempre la esperanza !

★

Asómate á las puertas del sepulcro
　　donde el cadáver calla, . . .
　　donde el cadáver calla
como el secreto del amor maldito
　　que se esconde en el alma !
Ay ! que se entierra en el pesar del alma !

★

Mira el adios de la partida eterna
　　al través de su lágrima, . . .
　　al través de su lágrima
que tiembla con el último sollozo
　　que la agonía arranca !
Ay ! con el grito que la muerte arranca !

★

Allí está el mundo de dolor supremo
　　que el corazon desgarra, . . .
　　que el corazon desgarra
cuando perdió en el cielo y en la tierra
　　la única esperanza !
Ay ! cuando rompe él mismo su esperanza !

XXII.

Siento en torno mio una influencia estraña y siniestra, como la mirada de un ojo invisible. A cada instante observo con cautela cuanto me rodea, y muchas veces escondo este libro en mi seno. Cualquier rumor me estremece hasta el fondo de la vida, y hay momentos en que no me atrevo á alzar mi frente al cielo. En todos los ruidos, en todos los écos del campo solitario, me parece escuchar una voz distinta que me llama con acento de amenaza. A veces miro mi sombra con espanto, como si fuese el espectro de Lorenzo.

Y sin embargo, mi alma cede à la atraccion del abismo. A qué luchar en vano? Todo es inútil. Subiria al patíbulo si no pudiese verla sinó desde allí.

Vamos, ¡Cristian! me digo á mi mismo: vacilo, retrocedo, me quedo inmóvil y echo á andar por fin.

XXIII.

Estaba en su traje de Aurora, con su vestido blanco y su chal celeste, é irradiaba en torno la alborada de su piel de rosa.

Me senté à su lado y hablamos sonriendo mil cosas indiferentes.

Despues nuestra conversacion cayó en los temas del mundo y ella me dijo:—tú no andas en la atmósfera brillante ¿por qué, Cristian ?

—Nada hay para mi en ella, Rosalia, porque no está allí el punto ideal de mi esperanza.

—Sin embargo, tienes un nombre en el arte y él surge de tus cantos que muestran un alma que no ha sido agena al sentimiento del amor.

—Y quién no lleva consigo el ideal soñado ? La inspiracion es el perfume que brota de su centro divino. El corazon canta á una vision única y ama la realidad que se ajusta á ella, si la suerte la pone en su camino. El poeta es profeta. Toda la música de mi alma no es sinó una vision del presente. He escrito en el pasado para la realidad de hoy. En todas par-

tes se agita la misma imágen, única y sola muger que hallé despues sobre la tierra. Ella, ỳ no hay mas para mí.

—Y por qué entónces hay en tu arte esa eterna vibracion del sollozo?

—Porque he tocado á la desolacion del imposible. Està de mí tan lejos como aquella Vírgen en su aureola que tienes colgada allí.

—Imposible?—esclamó Rosalia con una espresion de bondad infinita y de fascínadora ternura,—y luego agregó mirándome en los ojos hasta el fondo del alma:—¿y lo has dicho á esa Vírgen, para saber que es un imposible?

– Por qué me hundes en el espanto de la duda?

—Lo has dicho á ella, Cristian?

—Oh Rosalia! tú lo sabes ya!

Rosalia escondió su frente en la mano y me tendió la otra para estrechar la mia; la apretó suavemente, y me dijo levantando su semblante angélico:

—Cristian; Dios puede perdonarme en la vida, porque te doy lo que no tiene dueño sobre la tierra. Te doy la ilusion del alma en el amor mas puro. Oye ahora para la esperanza del infierno esta sola palabra:—jamás!

Entónces poseida de una agitacion profunda, me ha tomado de la mano llevándome á la pieza inmediata, delante de un velador que ardia; me dió una cruz y me dijo: —jura tú tambien!

Yo besé la cruz sin ser dueño de mí mismo. Nos miramos un instante, fascinados los dos, y partí, llevando el corazon sonoro y perfumado con su recuerdo.

XXIV.

Cómo cambia á todos los vientos de la suerte este pobre corazon humano! El pasado me parece un sueño, y cuando corro estas páginas bajo mis ojos, me figuro leer en una existencia agena, — á tal punto han variado en la vida mi destino, mis sentimientos, mis creencias y la vision del porvenir.

Pasé la flor de la edad en la abstraccion del arte y de la ciencia. Mi alma vírgen, cernida en las alturas, parecia estraña á la tierra, como las vegetaciones de la montaña que viven solo del aire y de la luz. Llevaba en mi el ideal como el polvo que se

guarda en una urna querida. Deslumbrado por la luz de una vision imposible, no puse jamás los ojos en las bellezas de la tierra. Mi existencia real se encerraba en una órbita estrecha, sin ambicion ni amargura ; y de pronto, surgiendo de lo imprevisto la realidad soñada, mi corazon toca como un gladiador la arena del combate y respira en la suprema agitacion de la batalla !

Qué no ha pasado por mi alma en este breve tiempo de lucha y de sorpresa ? Han dejado su rastro en ella todas las seducciones, todas las tinieblas, todas las dudas, todas las esperanzas, todas las maldiciones que corren en las ondas de la fuente humana ; he latido cada dia con una vibracion diversa, y hoy por fin me siento como pisando en una tierra de eden.

Adónde me lleva aún esta senda misteriosa de la existencia ? Mi alma se agita al mirar al futnro, porque no veo sinó el abismo, donde no resplandece el rayo de esta luz.

XXV.

Lo que acaso sienten las flores al abrirse bajo la caricia del alba, nace en mi vida y la

inunda cuando respiro en la atmósfera de Rosalia.

Todo mi ser parece mecido en una armonia del cielo.

Oh suprema esperanza imposible ! Qué seria la gloria soñada mas allá de la tierra, ante el eden del hogar único, alumbrado por el astro de su amor !

El ateo niega el Dios del universo, ante el firmamento tachonado de estrellas, sin razon ni prueba.

Mi alma que crée y adora, le negaria asi :— no hay Dios en lo creado, porque no encendió aquel lucero para El.

XXVI.

Es mi vida como la senda de estrellas que abraza la bóveda del cielo : —un camino de luceros, y en el centro el abismo insondable que se abre á la eterna tiniebla, entre las constelaciones del Centauro y la Cruz.

Qué dolor es igual al que hiende mi alma cuando se alza ante mis ojos el noble semblante de Lorenzo !

En un tiempo yo estudiaba en su frente los rasgos que allí dejan las tribulaciones de la vida, disipándolos mil veces con la ayuda y la caricia de mi consejo.

Para él no habia en el mundo mejor criterio que el mio; hubiera marchado al sacrificio si yo le mostrase esa senda; veia en mi corazon el mas grande y puro diamante de la tierra; y hoy mismo no crée en otro mejor.

Y ahora me espanta su mirada como una sentencia de muerte; mi nombre me estremece en su labio como la llamada al juicio eterno; me figuro un reproche amargo en su sonrisa leal y valiente, y me escondo de su presencia como un miserable ante el espectro de su víctima.

Cuando me habla con ternura, pienso cien veces que mi mejor destino seria el de estrellarme el cráneo sobre las puntas del precipicio.

XXVII.

Su primer regalo ha sido un puñadito de aromas. Vivo embriagado en su perfume, y al aspirarle me asalta sin reposo un recuerdo

fascinador: otras de estas flores se traslucian bajo la malla de su busto olímpico, mecidas con la onda de su respiro. Acaso las que puso en mi mano estaban guardadas allí tambien.

Despues, mientras conversábamos, contándonos toda nuestra existencia del pasado, ella arrancaba distraida hebras del cordon que ajusta su talle, anudándolas en un hacesillo. Yo lo tomé en un momento que lo dejaba en su falda y lo apreté sobre mis ojos y mis lábios.

Entonces fué que me dijo esta frase risueña como los pensamientos de la infancia:—tú eres como un niño porque llevas à la boca cuanto te dan.

Así en el vuelo de una confianza inocente y sencilla, hemos llegado á esa noble intimidad del espíritu que se abre sin defensa á las dulces emociones de la amistad. Léemos fàcilmente nuestros pensamientos recíprocos en la espresion de la sonrisa, y sabemos en todo lo hermoso del arte y la naturaleza, que es lo que en cada uno deleita el alma ó conmueve el corazon.

Lejos de su lado, comparto con su recuerdo las bellezas de la creacion sublime, y no paso mi ausencia sinó en los sitios desde donde

alcanzo algun paisaje de su morada, algun reflejo de su luz.

XXVIII.

No hay arma, por mas terrible, que el amor no sea capaz de esgrimir en su defensa, ni senda escarpada que le aterre en su camino.

Cómo cabe la mas traidora hipocresia en este sentimiento divino!

Mi vida es una acechanza puesta para esconder á todas las miradas mi presencia en torno de Rosalia.

Me hago ver por las gentes en las poblaciones mas lejanas de la estancia, dejo rastros mios en los sitios mas solitarios, llego á los ranchos en horas imprevistas y afecto en mi ánimo una alegria despreocupada que le cierra á toda penetracion agena.

Hay en esta sociedad de circunstancias, dos ó tres bellezas silvestres que reciben el homenaje campecino. Maria me trata con una predileccion que á nadie esconde y en la que he visto un sentimiento profundo. Andan ya glosas de estas escursiones mias. Ayer en la

mesa Lorenzo recibió recado de aquellas gentes, y me dijo sonriendo cuando partió el mensajero:—si andas por allí mañana, agradece sus finezas à nuestro nombre.

Yo consentí esta broma, aunque me fué dolorosa delante de Rosalia.

De este modo nadie sabe dónde me hallo: nadie, sinó ella que me encuentra como su sombra cuando me busca allí,—bajo el ombú gigante que se alza en la cumbre de la loma á cincuenta pasos de su morada; tras del grupo de piedras que limita hácia un lado el horizonte; entre el maciso del prado que conduce á mi casa; en mi balcon que mira al ocaso.

Qué dulces horas corren para nosotros en esta contemplacion incesante, mientras llega el momento de nuestra reunion feliz!

Por la mañana nos saludamos á la distancia; en el dia la veo sonreirme mil veces bajo el arco de madreselvas que cuelga en su ventana, y á la tarde, en todo el esplendor de su belleza, la miro puesta de brazos sobre su reja ó paseando en su azotea, donde el blanco de su vestido la destaca del fondo de àrboles como una vision aérea.

Todo es entónces un mensagéro del corazon

repleto de ilusiones: — la brisa que pasa gimiendo entre las hojas; el canto del ave que va á su nido; el lamento de la mar distante; las tintas del celage en que el sol se esconde; el fulgor de la primera estrella.

El resto del universo se borra allí de m conciencia y mi alma se recoge en torno de aquel ser único, embriagada en su adoracion infinita.

XXIX.

El amor es insaciable en la sed de su dicha. Su esperanza, como el horizonte del cielo, crece y surge á medida que el corazon mar cha hácia ella.

No me basta ya el dia en la embriaguez de su presencia; y á la noche, despues que nos despedimos, he subido á los brazos del ombú gigante. Desde allí la veo en su salita de costura, iluminada por el resplandor de la lámpara.

No hay fuerza capaz de arrancarme de aquel sitio, y quedo bajo la lluvia, bajo la tormenta, sin sentir á veces el estruendo del rayo, hasta el instante en que Lorenzo entra allí. En-

tónces tomo tristemente mi camino, mostrando el puño á la tiniebla ó á los astros, y postrado bajo el peso de la desolacion.

Qué pasa en esas horas por el alma de Rosalia? Parece en sus actitudes un ángel caido que lamenta y recuerda su eden.

De pronto mira al cielo y golpea suavemente su pié sobre la tierra: sus ojos deslumbran rebosados con el llanto, y algun suspiro estremece su seno. Parece su pensamiento una frase de música sublime que canta con el alma, marcando su compás.

A veces cruza sobre la mesita de luz sus brazos bellos y descansa allí la frente; alza el rostro luego, iluminado por una sonrisa, y vuelve á tomar su costura.

Hay una idea que combate sin reposo su espíritu, porque de vez en cuando veo que agita su cabeza espléndida, diciéndose *¡nó!* á sí misma, como en una lucha interior.

A intérvalos, bajo la luna ó la noche cerrada, abre sus cristales y queda absorbida en una contemplacion estraña, mirando hácia el mar que ama con delirio, como si escuchára en sus écos lejanos y misteriosos alguna estrofa cantada en la voz de las olas.

La presencia de Lorenzo la vuelve como de

un sueño. Al verle, su semblante recobra la serenidad perdida y la aurora de siempre se difunde en su actitud.

XXX.

No es un desvario de la pasion que me absorbe. Rosalia exhala de su naturaleza un perfume embriagante. Hay en su aliento lo que en la brisa que ha pasado sobre la sierra donde nace la orquidea olorosa.

A veces sus ojos, sus làbios, su arco de dientes albísimos, la púrpura de su boca, su cabello, todo lo que brilla en ella, deslumbra con el exeso de vida que infunde el amor á todos los seres que pueblan la naturaleza, desde la criatura humana hasta el último musgo del abismo *à quien* el ciego orgullo del hombre niega la vibracion del sentimiento. Qué puede ser una rosa sinó el fruto del amor?

Entónces mi alma se agita en un delirio insondable y se pierde en sensaciones desconocidas que hacen flaquear mis fibras con un impulso insensato que casi me arrastra á arrojarme á sus piés. Su alma penetra la mia, y

una sola mirada de sus ojos serena el vértigo de mi vida.

XXXI.

La última noche pasada en su contemplacion fascinadora, ha agitado mi existencia con visiones que no podré borrar jamàs.

Tenia por delante mis recuerdos,—la violeta que dice *siempre*, la música escrita para ella, la cruz negra que besé en mi juramento el botoncillo que saltó de mi seno y cayó como muerto á sus plantas aquella tarde que la llamé de rodillas abriendo mis brazos; todo lo llevó à sus lábios levantando al cielo sus ojos.

Despues la ví enjugar en el pañuelo las lágrimas que rebosaban en ellos y quedar absorbida en una reconcentracion dolorosa.

De pronto llevó las manos à su frente, desprendió su tocado, esparció su cabellera como una aureola en torno de su busto espléndido con un gracioso movimiento del cuello, y empezó á peinar en trenzas sus hebras de luz.

Qué seduccíon formidable habia en la acti-

tud de sus brazos! Cómo se destacaban en aquella nube vaporosa los rasgos de arte supremo que perfilan su mano angélica! Con qué suave presion ajustándose al cuerpo los pliegues de la muselina alboreada con el reflejo de su piel de rosa, marcaban sus formas sobrehumanas!

Aquel aspecto sencillo la acercaba en su conjunto al prestigio de la infancia; la volvia á sí misma en su hermosura propia, sin los atavios del tocado, mas Rosalia, toda Rosalia, tal como en su existencia surgió de la creacion.

La ví acercarse á la ventana para cerrar las hojas; sus formas temblaron como una onda con el golpe de pié dado al pasador del marco, y abriendo sus brazos ajustó las celosias, dejando en ellas un breve espacio de luz.

No, no fué luego una vision de mi alma. Era ella misma que cruzó despues de un instante bajo un peinador vaporoso. La ví un segundo á través de la distancia estrecha que quedó abierta en el cristal.

La última noche! No he podido ocultarla á Rosalia. Ella se ha refugiado en la burla de una vision imposible, y no deja mas sus cristales abiertos de noche para mí.

XXXII.

Su alma ha entrado en un reposo angélico. Hay en todas sus manifestaciones esa magestad de la resignacion sin límite, pero leo en su mirada, á veces como recogida en si misma, algo de la agitacion en que lucha este gladiador eterno,—el corazon humano. El mio se cierra estremecido, cuando penetra ese pesar que yo mismo he puesto allí!

Por qué tiene siempre á Alberto en sus brazos ó à su lado cuando estoy yo cerca de ella? No me atrevo á preguntarlo, pero en el fondo de su pensamiento veo mas que una defensa, —una súplica que acato con mi mas pura sonrisa que ella sabe penetrar.

Hay sublimidades del alma que se muestran, pero que no se hablan jamás.

XXXIII.

Por qué busco engañarme á mi propio, cuando miro alzarse á cada paso delante de mis ojos la terrible vision del porvenir?

Acaso puede cambiar de naturaleza este afecto de buena ley del alma? Es el anhelo que despierta ante la encarnacion del ideal soñado; la atraccion del hogar bajo esa aureola. Ninguna gota basta á la sed de la dicha; el labio necesita todo el manantial abierto para saciarse en él. El pasado es invencible; ni Dios mismo le desquicia de su tiempo: ella fué de Lorenzo. El presente no me pertenece; nada queda despues!

Llevo en mi un naufragio; y acaso la ternura, la ilusion, la esperanza, la embriaguez y la fascinacion de la vida en torno de su atmósfera, no son sinó los gritos internos con que se lamenta el tesoro caido para siempre al fondo del mar.

Cómo arrancarle al abismo!

A veces por mi sombra me veo con espanto en la inmovilidad de mi actitud siniestra, y me pregunto en el secreto de mi conciencia: Cristian ¿estás bien seguro de tu razon?

XXXIV.

Hay un solo remedio para cada mal: el que quita el sufrimiento. Cómo ha de irse el dolor si la enfermedad queda?

Este pensamiento me asalta sin reposo.

Al principio parece vestido de tinieblas; se subleva contra él la ambicion de la vida. Despues se habitúa el ojo á la sombra y vé á su través un punto mas negro: la existencia inútil compendiada en esta queja,— ah!

XXXV.

Me han buscado de prisa, diciéndome que Lorenzo estaba muy malo, por una caida del caballo.

Solo ella sabia entonces dónde podia yo encontrarme;— nadie mas conoce mis guaridas—; y he acudido con la prontitud que hay en mi para el llamado de su voz.

Es un terrible accidente. Lorenzo ha recibido el golpe cayendo con la cabeza en tierra. Cuando le ví, estaba sin conocimiento y habia sangre en su rostro.

Aquel cuadro me oprimia el corazon; temblaba por su existencia y sentia como dolerme á mi propio aquella herida invisible de donde venia sangre á su boca.

Yo cubrí su frente con tohallas embebidas en agua fresca, mientras llegaba el médico

mandado buscar á escape, y ví en breves minutos volver en sí à Lorenzo.

Aquella naturaleza valiente y noble, cuidándose mas de nuestra afliccion que de su peligro, se esforzaba en sonreir asegurando que todo habia pasado.

El médico llegó á la tarde, y despues de examinar à Lorenzo y ordenar sus remedios, me ha hablado de él con una reserva siniestra.

En su opinion, puede haber una fractura de la base del cráneo ó simplemente una lesion del tabique nasal,—cosa grave la primera; pero en todo caso teme una conmocion cerebral, y no estará tranquilo sinó cuando pasen veinte horas sin accidente.

Rosalia estaba poseida de un dolor profundo y desolado. Su mano se hallaba en todos los auxilios còn esa prontitud febril de la abnegacion femenina, pero no se la oia llorar; sus lágrimas caian en silencio, contenia el sollozo, y solo en la espresion suprema de su semblante podia medirse la intensidad de su afliccion sin consuelo.

XXXVI.

Hemos pasado de pié la noche. Lorenzo ha amanecido sin novedad que alarme.

El médico, que es un viejo sencillo y bondadoso, se ha quedado aquí, durmiendo por todo descanso un par de horas en un sillon.

El resto de la noche hemos conversado, mientras Rosalia velaba á la cabecera.

El trato de este hombre interesa al instante; es elocuente y sabio. Hemos tocado por todas sus faces la gran cuestion de la partida eterna, y me ha sorprendido ver en él el mas inconmovible materialista.

—La esperanza aquella,—me dijo al fin señalando al cielo,—no es otra cosa que la codicia insaciable del hombre. En qué derecho afianza su ambicion á la vida inmortal? En su rol sobre el mundo?

Sin embargo, à los ojos del Grande Artífice, la tierra y su sistema que rueda en el abismo eterno con sus diez y ocho millones de soles contados en la Via Lactea, no representa un grano de las arenas que pueblan el fondo del mar. La inteligencia humana respecto de la verdad absoluta es tan limitada en

el hombre como en el gusano en que cambia de forma su materia indestructible: ninguna de las dos alcanzan allí. Todo en nosotros gira en el átomo de lo relativo.

Ese astro nos deslumbra con su belleza, — agregó señalando con los ojos á Rosalia —; pues bien, si nuestra lente cristalina se aumentára á la fuerza de mil diámetros, nuestro cabello se erizaria de espanto al contemplar el suyo.

Hay una verdad en nuestra esfera, — concluyó —: el bien. Qué mayor premio que el deleite de ejercerlo? El mal lleva en sí propio su castigo. He aquí la órbita de la existencia. Nadie llega al borde del abismo sinó por sus propios pasos.

Yo he escuchado á aquel viejo sin compartir su conviccion desolada, pero no he hallado respuesta á muchas de sus razones. Su último pensamiento tiene una verdad abrumadora.

Hay fines á que marchamos con plena conviccion de nuestra falta; son soluciones de un problema planteado; resultados inevitables de un paso primero; elegimos libremente una senda, porque entre todas pensamos que es la mejor.

XXXVII.

En un momento de reposo, me he sentado en el corredor al lado de Rosalia.

—Tú le amas mucho, dije, para haber llorado así.

—Daria por él mi vida,—respondió con una exaltacion sublime,—pero esa no es la palabra de mi sentimiento: es el cariño, el respeto, la estimacion mas grande y noble del alma, eso mismo que levanta al cielo y defiende en la tierra la pureza de la ilusion divina. Cristian ¿por qué me hablas así?

Entónces ocultó en las manos su semblante lleno de luz, y ví rodar por ellas sus lágrimas silenciosas.

La llamaban cuando iba á caer yo á sus piés, y se fué sin darme su perdon.

Su pesar me ha estremecido hasta el fondo de la existencia. Esta es mi obra y mi suerte. Turbar la paz de su alma y llenar la mia de tinieblas!

XXXVIII.

Lorenzo está hoy ya bueno. Ha paseado entre los dos un largo trecho de los jardines, y protesta contra todo poder que limite las habitudes de su vida.

—Me encuentro mas sano que tú—me ha dicho mirándome con cariño;—Cristian está enfermo del alma.

Y luego agregó, señalándome á Rosalia:—busca la tuya por ahí, salvage; es el único remedio!

Yo respondí con bromas, pero tenia perturbado el corazon.

Sé que es un delirio de mi conciencia, pero á veces su mirada me parece leer en el fondo de mi secreto.

Qué existencia la mia! Muchas mañanas, cuando me acerco al espejo, doy mi primer mirada à mi cabello, creyendo que voy á encontrarlo emblanquecido!

XXXIX.

Mi alma es buena y justa. La tempestad que la combate no ha conmovido en ella el cariño que guarda para Lorenzo.

No; no es entónces de su seno este pensamiento miserable que ha cruzado mi inteligencia como un fantasma; es semejante al sueño informe é inconsciente que engendra la confusion de los sucesos que han agitado nuestra vigilia.

Y sin embargo, y contra toda mi voluntad, mi espíritu le ha detenido á su paso mirando á su través la existencia como una fascinacion del infierno.

Mi corazon se subleva y se espanta con su recuerdo, pero él me asedia, y por largas horas se hace dueño de mi, sin que pueda disiparle con la lectura ni siquiera con la abstraccion de la música que es mi mayor consuelo.

Cómo cabe en mi alma este horror que maldigo? — la vision de Lorenzo. . . .muerto de su caida, y Rosalia libre sobre la tierra!

Y esta felicidad monstruosa me ha iluminado como una esperanza, en medio de la afliccion con que velaba á su cabecera!

Ah! siento al fin que la vida es para mí una senda maldita. Tengo espanto de mí mismo y me he juzgado y condenado ante Dios.

Despues de este pensamiento, no quepo en el hogar de Lorenzo; no soy digno de pisar el mundo, no estoy seguro de mi conciencia, ni

sé donde puede llevarme este sentimiento que ha convulsionado mi corazon, – acaso á hundir en un infierno la existencia de Rosalia!

Yo, trayendo á sus ojos un llanto sin consuelo! . . . . .

Vamos, Cristian!

XL.

Cuántas gentes que me miran no envidiaran acaso mi destino, mi juventud, mi nombre en el arte, los mil castillos dorados que uno forja à la esperanza agena! Y sin embargo, mi pié pisa ya la vida como en un despeñadero. Cerrando mis ojos ante todas las seducciones de la existencia, voy como un sonámbulo hácia el fin incontrastable. No quiero volver la mirada á lo que dejo. ¿De dónde sacaria fuerza esta alma infeliz para decirla adios?

XLI.

El espiritu está pronto, pero la carne desfallece.

He subido á la alta sierra, sobre el pico donde grabé su nombre, y he mirado largo tiempo al fondo del precipicio. Qué atraccion

siniestra la del abismo! Por qué no me he arrojado en él? Será un breve instante de dolor, y todo habrá pasado ya para siempre.

Es que la carne flaquea y me subleva el pensamiento de que sus ojos puedan buscarme allí y ver mi cerebro esparcido sobre las puntas del peñasco.

Cuando he vuelto en mi de esta amargura, me he encontrado aún en las manos el arma de fuego. He arrojado el revólver al precipicio; no quiero que vea sangre ni heridas sobre mi cuerpo, para que mi sombra no mate la ilusion en su recuerdo.

Mientras paso en torno mis ojos como un insensato, veo que la muerte me brinda por todas partes su ofrenda siniestra:—la amapola, el laurel cerezo, la digital purpúrea, la cicuta maculada, la mandrágora, el estramonio, me parecen ramos que me alcanza como un pre sente de consuelo.

Seré acaso un alma vil que vacila en la ruta del sacrificio?

La copa es amarga! El mismo Jesús la apartó un instante de sus lábios, y luego para apurarla pidió fuerzas á Dios.

Quiero escogerla yo tambien, como busqué entre todas, la mujer amada sobre la tierra.

XLII.

En el fondo de la amargura suprema hay á veces una sonrisa que sube al labio y se espresa con palabras de alegria. Acaso es la sátira del espíritu contra las flaquezas de la carne; pero en muchos límites de la vida—, en el combate, en el naufragio, en el suplicio, el dolor se traduce con palabras alegres.

Mi corazon marca los segundos de un tiempo solemne, y sin embargo, al buscar así el paso al viaje sin retorno, sonrio con una idea apacible:— la del que nunca hallaba el árbol á su placer!

XLIII.

He llegado al borde de la mar, y me he sentado sobre la roca desde donde seguí hasta el límite visible del horizonte, la nave en que Rosalia se alejó aquella vez.

Allí he sentido difundirse en mi alma el aliento de lo infinito. Todo, en aquel espectáculo grandioso, refleja la vision de la eternidad. Las olas muertas se mecen sobre el le-

cho profundo, invitando al reposo de todas las amarguras; el arco suave del horizonte es un punto de mira hácia los cielos, y la voz gigante que se dilata por el espacio inconmensurable, cuenta en un idioma misterioso las cosas sublimes del Creador.

Allá sobre ésa piedra que he besado tantas veces en su ausencia, puso su pié Rosalia. Mas allá, donde abre en una flor de espuma aquella ola pequeña, agitó su pañuelo desde el bote para decirme adios.

Cómo han hecho latir mi corazon estos recuerdos! Con qué golpe de ala vuela mi espíritu hasta aquel pasado, y con cuánta tristeza se sumerge despues en la tiniebla que le amortaja hoy!

XLIV.

He bajado hasta el botecillo para sentarme en el mismo sitio que ella ocupaba á la partida, y un grito estraño de alegria siniestra se ha escapado de mi pecho bajo el relámpago de una idea que ha iluminado mi frente.

El lastre del bote es una piedra de granito pulida por los golpes del mar, y hay entorno varios haces de cuerda flexible.

Con todo eso los marinos mandan los cadáveres al océano, para que toquen el fondo insondable ó voguen en las corrientes del abismo.

Yo abrazaré la piedra y me lanzaré.

Así besando en mi último instante la borda en que ella descansó su brazo, daré mi cuerpo al mar que tanto ama, y al que lleva con frecuencia sus ojos donde asoma su alma divina, radiante de ternura y de luz.

Mi sangre disuelta en la gigante taza de amargura, se mecerà en el fulgor de su mirada, y la voz del mar llevará en su lamento hasta el oido de Rosalia el perfume y el último latido de mi corazon.

LXV.

«Este es el dia de los recuerdos.» Mi vida se parece con ellos al firmamento de la noche. Es un manto de tinieblas, tachonado de luceros. La memoria es como el cielo : vemos allí las estrellas cuando el sol está ausente.

Siento volar mi alma en la órbita de la dicha pasada.

Aquí nos vimos la primera vez. La atmós-

fera guarda aún la vibracion de su acento dulcísimo y el resplandor de su aureola. Este es el comedor donde esperé de pié su presencia y donde luego vino tantas veces á recibirme sonriendo con esa espresion de simpatia que yo sondaba con mi alma silenciosa.

Alli conversamos del arte y de la vida para llegar al fondo de nuestro secreto. Aquella es la persiana que levantó á la tarde para verme pasar. Sobre ese velador estaba la cruz del juramento. A lo largo de esta alameda la seguí de lejos una mañana hasta el banco donde tomó asiento.

Veo el confidente de donde se alzó diciendo: — « *oh mi madre!* » Veo el umbral que pisaba cuando me siguió con sus ojos en todo mi camino; el descanso en que nos sentamos mas cerca la vez primera; el escalon semejante que la mostré diciendo, — « para el que ama, todo es un recuerdo ».

Junto á aquel marco se cruzó de brazos en su actitud mas fascinadora; aquí escribió nuestros nombres; allá me mostró el cielo. Oh memorias del paraiso!

Este es el tesoro de sus regalos inocentes. Al abrirle mis ojos se deslumbran como si volcára en mis manos las constelaciones del universo.

XLVI.

Mi alma se ha estremecido ante el sol que se levanta sobre la línea del oceano.

Su caida en el ocaso será hoy eterna para mí.

Qué estupendo naufragio de la existencia!

La vida en la primavera; la encarnacion del ideal ante el alma atónita; la tierra preferida al cielo; y de pronto, desde la cumbre de esta aurora, al impulso de la voluntad propia, cerrando el corazon al canto celeste con que le llaman todas las dichas, lanzarse al vacio, al abismo eterno, dar el alma á la tiniebla y la carne al hervidero de mónstruos devorantes que se agitan en el fondo inaccesible del mar!

Soñar el trono y despertar sobre el patíbulo; pisar el paraiso y derrumbarse à la fosa; y sin embargo, hallar en este espanto la suerte única y la mejor!

XLVII.

El mundo cruza este martirio con un golpe de látigo, llamándole cobardia; pero el que

se asoma al sepulcro para bajar con la serenidad del sacrificio, siente que el valor no desfallece para quedar en la tierra sinó para partir.

Es ante esta fuerza que el hombre comprende la verdad del espíritu, porque solo lo que es mas que la carne alcanza á la audacia de ir á buscar lo que Dios ha cubierto de tinieblas.

Este es el dolor supremo. No veré mas su semblante que exede la espresion y la belleza de la criatura humana; la fascinacion de sus formas no embriagará ya mi vida; no temblará mi alma en el deleite bajo su mirada de astro; no escucharé la melodia de su voz que llega como de un mundo sublime; no aspiraré el perfume que se enciende en su calor suave; no escucharé su palabra ni me inundarà su sonrisa, y en todos los siglos que jamás alcanzarán al infinito, volveré à hallarla mas!

Y sin embargo, ante la vision de una dicha imposible,—toda para mi siempre;—ante el remordimiento de su paz turbada; ante el dolor de traer yo mismo el llanto á sus ojos; ante el horror de este secreto penetrado, el corazon late con júbilo cuando encuentra esta única tabla salvadora:—morir; y mil veces

puesto por el destino en la misma pendiente, iria como hoy á apagar la vibracion última en las entrañas del mar.

XLVIII.

Ya no llevo mas mis ojos al pasado, sobre este libro de la vida. He burlado en su principio esa voz con que el corazon habla al hombre,—el presentimiento. ¿Por qué creemos todas las cosas, menos aquellas que se alzan ante el vuelo de la esperanza?

Qué estraño misterio! Una pobre vieja insensata mostró á Rosalia la vision del presente, y mi luz propia me lo ha anunciado á mi.

No leo mas en ellas. Pondré aquí hasta mi último suspiro, y me seguirán *allà*, oprimidas al corazon.

La muerte por lo que se ama es voluptuosidad suprema, y la contemplacion del sacrificio es su copa de embriaguez.

XLIX.

He vestido hoy el mismo trage que llevaba cuando la ví por vez primera.

Desde entónces le guardaba con el cariño de una ilusion estraña, como si hubiese sido algo suyo ó conservara el reflejo y el perfume de la atmósfera que la rodeaba aquel dia.

Mi ropa blanca como la nieve, tiene hoy tambien su secreto.

Falta en esta pechera aquel botoncillo que rodó á sus piés, cuando la llamé de rodillas abriendo mis brazos.

El bolsillo del chaleco, donde vá el reloj, está rasgado unas líneas por aquel movimiento desesperado con que miré la hora que nos separaba.

Aquí, al borde del puño luciente, escribió nuestros nombres un dia que estábamos puestos de brazos sobre el balcon que mira hácia la mar. Yo corté en cuadro la hoja de tela escrita, y la guardé agitado por este pensamiento: — « parece una tarjeta de esposos. »

Ah ! si me viera mirarme al espejo con estas ropas, no pensaría que las he escogido para tan largo viage !

L.

Tengo el alma serena y resuelta. Solo una duda me hace vacilar el corazon. Partiré sin despedirme? Iré á verla por última vez?

Oh agitacion dolorosa!

LI.

En un tiempo, cuando mi alma vagaba en la incertidumbre, Rosalia me preguntaba viendo en mi frente los rastros de mi batalla interna:

— ¿ Sufres, Cristian?

Yo sonreia, agitaba mis pàrpados para disipar alguna lágrima, y aunque negaba mi tristeza, creia sentir la amargura en mi corazon.

Pensaba en realidad que aquello era un sufrimiento.

Pero hoy sé todo el alcance de esta afliccion que se traduce así con la palabra: — « sufrir ».

És como algo que ocupa el alma y se difunde con una opresion dolorosa en las fun-

ciones de la vida sensible. Se lleva en la inteligencia un peso ingrato y oscuro; se siente en los oidos un redoble funerario; él corazon tañe en su latido como una campana de duelo; las sienes palpitan; las fauces están secas y amargas; se tiene el cuerpo trémulo; las ideas tornan sin reposo hácia la noche del pensamiento; el sollozo tiembla en el pecho, y todo nos parece caido en el silencio y cernido bajo la sombra.

Ah! me espanta que pueda yo poner esta noche en su alma!

LII.

Lorenzo me ha mandado un mensage.

Está resuelto el problema.

Iré!

Me dice que no perdonará hoy mi ausencia, ... porque es el aniversario de sus bodas.

En igual dia les ha unido la suerte sobre el mundo.

El mismo en que nos separará por siempre.

Qué terrible lógica del destino!

Siento como algo de Dios que retempla mi alma para la partida.

LIII.

Cómo vuela el tiempo! Ya es la hora de la mesa. Los minutos me parecen un espiral de agonia.

¿No dejo nada aquí de mis recuerdos?

Todos van conmigo en mi «bolsita de luceros»

No volveré aquí ya. De allí partiré á la ribera.

LIV

Esta es la Sierra del Mar. Desde aqui alcanzan mis ojos todo el círculo del horizonte.

Qué noche de salvage belleza! Todo reposa inmóvil bajo la plena faz de la luna rebosada de luz.

Allí está su morada, en lo alto de la cuchilla. Me parece que me mira con los cuadros de sus ventanas iluminadas y abiertas.

Apenas nos separan mil metros,—y son la distancia de la eternidad!

Mi espíritu ha guardado su fuerza en aquellas horas supremas, - las últimas de mi existencia y de mi dicha. Nadie, ni ella misma, ha penetrado en mi sonrisa la tiniebla del corazon.

Sin embargo, su mirada tenia á intérvalos aquel rayo misterioso y divino que sabe leer en mi alma, y dos ó tres veces me ha dicho con ese suave acento de reconvencion y de pregunta.—Cristian?

Yo he sonreido, disipando la sombra de mi frente.

Esta ha sido ante ella mi única mentira sobre el mundo.

Lorenzo me ha abrazado al despedirse, con estas palabras:—¿sabes por qué soy feliz? porque ya no sufres del alma: ese era tu mal.

Ella me estrechó la mano, bañó mi frente con su mirada mas sublime, y me dijo siguiendo á mi lado un instante:—pídeme hoy algo, Cristian!

Yo volqué en sus ojos toda la caricia de mi amor infinito, y respondí:

—A media noche, con esta luna bella, asómate y mira hácia la Sierra del Mar. Yo estaré allí con tu recuerdo.

Despues, nos estrechamos la mano, y partí!

Así hablamos por última vez. Me parece aquel instante el arco estupendo que recorren en un segundo esos astros que caen muertos del cielo y se abisman en la tiniebla!

LV.

Mis carnes y mi alma vibran en la onda del sollozo.

Todo responde aquí al cuadro de la suprema partida; pero el espíritu ya casi libre de su cárcel miserable, se difunde y alcanza por todos los rumbos de la inmensidad.

Contemplamos el cielo de la noche, desde el silencio y la soledad que nos rodean, y pensamos que lo creado comparte la mortaja que viste la naturaleza en la ausencia del sol.

No; nuestra noche del alma ó de la tierra no alcanza al universo; el espacio no es una bóveda de tiniebla y de muerte.

Mas allá de la órbita del mundo, todo se anima con la vibracion de la existencia interminable. El espacio infinito rebosa de astros y de miriadas estupendas de creaciones sin número que giran en perpétua accion al impulso de las leyes divinas, y el alma, bajo la atraccion del Supremo Artífice, tiende su vuelo, buscando á través del universo su patria inmortal.

No veo ya en la tierra sinó un haz de luz

que me inunda con su resplandor celeste, y me abre como una aurora el horizonte de la eternidad.

Oh Rosalia! Es tu última mirada?

Me parece tu cita *allá*.

LVI.

Oh vida de luz y de tinieblas! Si todo fuera un sueño!

He remado un largo trecho para huir de las rocas. Aquí està el fondo insondable!

Qué calma sublime! Cómo se refleja el cielo! Me asomo al mar, y hallo en él el firmamento!

Mi alma se inunda en la caricia de la suya. Siento el supremo deleite de su mirada.

Estás ahí? Me dices *siempre?*

Vamos, Cristian!

Rosalia, perdóname! Adios!

. . . .

EPÍLOGO

Así fué como aquella pobre alma entró al seno de la eternidad.

A la tarde siguiente, la ausencia de Cristian puso en cuidado á todos los que le amaban. Se mandaron en su busca por todos los rumbos del campo, de la ribera, de la montaña y de las poblaciones, gentes á caballo para encontrarle.

Nadie le habia visto ni daba noticias de él.

Lorenzo, poseido de una agitacion dolorosa, recorrió todo el dia los sitios que frecuentaba su hermano, llamándole á grandes voces que los ecos repetian tristemente.

A la noche, la pesquisa inútil puso en todos los corazones la certidumbre de una desgracia.

Las habitaciones de Cristian no mostraban el rastro de ninguna violencia. Todo estaba allí en el órden minucioso y elegante en que él ponia las cosas que le rodeaban. Su lecho se

hallaba tendido; era indudable que no habia dormido allí.

La noche pasó en nuevas pesquisas, y el segundo dia no quedó sitio donde no se le buscase envano.

Se recorrieron palmo á palmo los montes de la sierra, los despeñaderos, las costas del mar, sin hallar un solo rastro suyo.

Llegando allí con los otros, Lorenzo palideció de pronto, ocultando la frente en las manos. Habia mirado á la ribera y el bote no estaba en la amarra.

Todos quedaron aterrados: no cabia ya duda de la desgracia.

Cristian habia paseado en él aquella noche como otras veces cuando era de luna, y el mar estaba en calma. Despues, como recordaban, sobrevino tormenta hácia el alba.

Horrible certidumbre! Todo se esplicaba así. El bote se habria hundido y Cristian en él!

Rosalia desde el primer momento de la ausencia, sintió el presagio en el fondo de su alma, y leyó en la verdad desgarradora.

Ella no buscó á Cristian sinó con los ojos

y en los sitios de donde se contemplaban á la distancia. Cristian no estaba en el mundo cuando faltaba de allí!

Oyó la noticia terrible dejando caer sobre el pecho su semblante hermoso, y en la quietud y el silencio del dolor supremo que embota la manifestacion de la existencia.

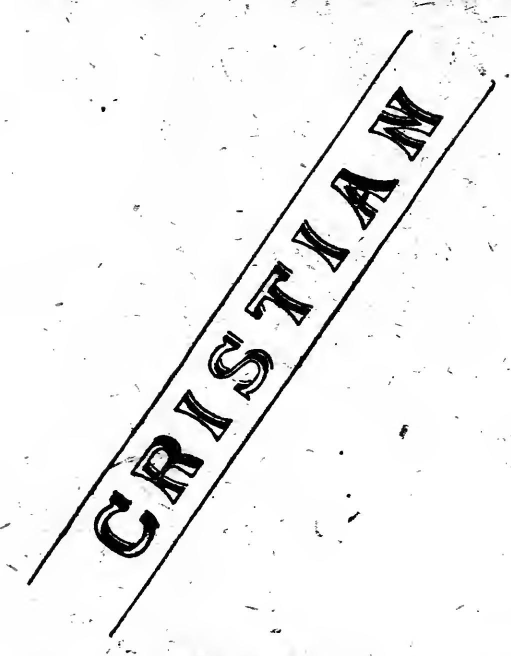
Oh ! no era para ella un golpe nuevo. Sus lágrimas estaban agotadas, porque ya habia llorado à Cristian.

Qué se pasó en su alma? Lo que hay en el lamento del oceano, en el sollozo del viento, en el crepúsculo de oraciones, en el fondo del abismo insondable, en la tiniebla del vacio infinito, en el arco de la estrellla errante que se derrumba de los cielos:—el dolor de la inmensidad !



12

RICARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

Libraire Nouvelle La Anticuaria—*Imp.*, *Litog. y Encuadernacion*
DE TEODOMIRO REAL Y PRADO
141 - Calle Bolivar - 141

1895